

P. Mauro Giuseppe Lepori Abad general de OCist (14-09-2016)

Me han pedido que diga algo respecto a mi Orden Cisterciense y quisiera hacerlo reflexionando sobre el camino que creo estamos haciendo.

Soy abad general desde hace seis años. La Orden cuenta hoy con cerca de 2500 miembros, monjes y monjas, y desde el 2000 hemos obtenido tener un único Capítulo General mixto. Las monjas son un tercio de los monjes. La Orden está presente en Europa, en el continente americano (Brasil, Bolivia, Estados Unidos y Canadá), en África (Eritrea y Etiopía) y en Asia, principalmente en Vietnam.

Crisis de vocaciones en Europa y América, todavía bastantes vocaciones en África; en vez en Vietnam gran florecimiento, con más de mil miembros, en unas quince comunidades.

Hay que decir que en Europa y Estados Unidos hay algunas comunidades muy florecientes.

Nuestras comunidades de Vietnam, Eritrea, Etiopía y Bolivia, están enfrentadas con gobiernos bastante hostiles, o al menos con una corrupción o ideología que es siempre una amenaza para la comunidad, sus bienes y sobre todo para las obras educativas.

Comprendí en estos años que tanto la penuria como la abundancia de vocaciones son un desafío. Hay tantos problemas allí donde son muchas como allí donde son pocas. Es un poco como la anorexia y la bulimia que en el fondo exigen afrontar el problema de la persona a un nivel más profundo que los fenómenos exteriores, aparentemente contrarios. Y este "nivel más profundo" no es el del número de las vocaciones, sino el de la fidelidad a la única vocación de todas estas personas y comunidades a la vocación cisterciense, benedictina, y aún más esencialmente a la vocación a seguir a Cristo conducidos por el Evangelio en la vida monástica según el carisma de San Benito.

En estos seis años hemos suprimido dos Congregaciones, de las 13 que componían nuestra Orden. Todavía ahora soy comisario de una Congregación y pro-presidente de otra. Unos veinte monasterios dependen directamente del abad general.

En estos seis años no me faltaron preocupaciones, momentos de desaliento, y algunas veces de rabia al encontrarme enfrentado a personas e instituciones, aún de la Santa Sede y entre obispos, y también naturalmente dentro de mi Orden, que han buscado, con éxito a veces, imponer un estilo de poder o simplemente de mezquindad que ha causado daños humanos y espirituales considerables, encarnizándose algunas veces con realidades ya frágiles y precarias que tenían en cambio

necesidad de cuidado y humanidad. Me di cuenta con mi Consejo y con el Capítulo General, que en ciertos casos hubiera sido mucho mejor si la Orden hubiera podido afrontar estas situaciones dentro de sí misma, sin tener que acudir a instancias o personas que a menudo no entienden el sentido de nuestra vocación monástica cenobítica. No quiero entrar en particularidades ni aparecer como polémico. Digo esto solamente para hacer comprender mejor la experiencia positiva de estos años que trataré de ilustrar.

Decía que la realidad de la Orden Cisterciense, como la de todas las Órdenes y de toda la Iglesia, tiene hoy como siempre el desafío que proviene de la precariedad, de la fragilidad. Como decía, el que tiene más vocaciones, el que es más numeroso, el que es más joven, no es menos frágil que el que es reducido en número y fuerza; porque cuando se tiene un noviciado con 50 o más jóvenes para formar, y no se tienen los medios para hacerlo, no se tienen las personas formadas para hacerlo, y sobre todo para acompañar a cada joven en su camino, esta también es una fragilidad. También porque, el que no está bien formado, el que no es acompañado, cuando disminuyan las fuerzas naturales de la juventud, se encontrará doblemente frágil, no sólo físicamente sino también espiritualmente, humanamente.

San Benito habla a menudo en la Regla de *infirmas* del cuerpo y del alma, esto es de falta de *firmitas*, de *firmeza*, de capacidad de mantenerse en pie, de caminar; habla también de *imbecilitas*, que etimológicamente significa carecer de bastón, por lo tanto de una falta de solidez para mantenerse en pie, para caminar. Habla también de "*fratres fluctuantes*" (RB 27,3) esta me parece una buena definición del hombre de hoy, del joven de hoy que vive "fluctuando" sobre las olas de lo efímero, haciendo equilibrio sobre las olas de internet, de las noticias nunca profundizadas, de las informaciones nunca verificadas, de las experiencias de vida nunca enraizadas, siempre inestables.

Es esta la fragilidad que estamos llamados a enfrentar, en nosotros mismos, en nuestras comunidades, en las personas que vienen a nosotros o a las cuales somos enviados. La gran fragilidad del hombre de hoy es la "superficialidad fluctuante", por la cual la persona siempre depende del movimiento de la superficie de las cosas, como un corcho sobre las olas del mar.

He aquí que esta fragilidad no es resuelta por el número de las vocaciones, de la juventud de una comunidad, al contrario, a menudo, el número la aumenta, el miedo vuelve más difícil la solución. A menudo se dice que el gran número de vocaciones en los países en vía de desarrollo es un

fenómeno semejante a lo que acontecía en Europa y en los Estados Unidos en la primera mitad del siglo 19. Esto tal vez sea cierto pero no se debe olvidar que los jóvenes europeos o americanos de aquella época no habían crecido en una “cultura fluctuante” como la que les toca hoy a los jóvenes de todos los continentes. No quiero idealizar las épocas pasadas, que tenían también ellas importantes puntos de fragilidad, pero creo que se puede admitir que los jóvenes de aquella época vivían una “firmitas” humana, psicológica, espiritual, religiosa, más estable, más enraizada, en ambientes familiares, sociales, eclesiales, mucho menos superficiales e imprecisos que los de los últimos decenios.

Si el problema es entonces este estado de “*infirmas*, de *imbecilias*, de fluctuación superficial, el desafío está más que nunca en la formación, pero en la formación como **acompañamiento**. Se trata de ofrecer al que no logra estar de pie, estar derecho, caminar, el sostén necesario, el acompañamiento necesario. El desafío es más que nunca pastoral, como en tiempo de Cristo: “viendo a la multitud sintió compasión, porque estaban cansados y abatidos, como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los campos para que envíe trabajadores para su cosecha.” (Mt 9,36-38)

Tal vez son justamente estos “obreros” los que Dios busca en el Prólogo de la Regla (v 14). No tanto, o no sólo misioneros para enviar al mundo, sino hermanos y hermanas mayores, que saben acompañarse a sí mismos y a los otros hacia una estabilidad y firmeza interior, humilde y misericordiosa, que permita a todo el rebaño hacer un camino, no obstante la fragilidad fluctuante que padecemos todos. En el capítulo 27, son los “sempectas”, esto es “seniores sapientes fratres” que están formados y son enviados por el abad a consolar al “*fratrem fluctuantem*” (RB 27,2-3).

Me parece que esta es la gran tarea, la más urgente, el gran desafío para nuestras Ordenes, para la Iglesia entera y para la sociedad. Y es la misericordia, la caridad más urgente para el hombre de hoy.

La formación intelectual, formal, está; pero falta a menudo el acompañamiento en el hacer una experiencia profunda y estable de la comunión con Dios y con los hermanos y hermanas que es esencial en el carisma de San Benito. Hay instrucción pero poca sabiduría, hay una habitación común, pero poca comunión fraterna, poca comunicación sobre lo que es verdaderamente profundo en nuestra vida y experiencia.

Por eso, me parece que en mi Orden, llena de límites y fragilidad- sobre todo en su abad general – en estos años se estuvo delineando una

prioridad, ya subrayada por mis predecesores, una prioridad de empeño en la formación de los formadores. Una formación que no consiste tanto y sobre todo en el aprendizaje de técnicas y contenidos, sino en hacer experiencias de encuentro y comunión fraterna donde los superiores, los formadores, pero también todo monje y monja llamados siempre de algún modo a ser el sostén de los propios hermanos y hermanas, puedan hacer la experiencia de ser “fratres” o “sórores fluctuantes consolados, sostenidos, acompañados por “seniores sapientes fratres” o “sorores”. Esta experiencia los vuelve estables, hace a las personas capaces de caminar y de, a su vez, acompañar a otros.

Nuestros monasterios de Vietnam han hecho y hacen enormes esfuerzos para la formación, no sólo enviando estudiantes al extranjero, sino también creando institutos de formación filosófica, teológica, para toda la Congregación. Pero también ellos son cada vez más conscientes, y lo sienten en su propia carne que la gran necesidad es el acompañamiento en la vida monástica y comunitaria. Por eso estamos preparando para el próximo año una semana de formación para todos los superiores y formadores precisamente sobre el acompañamiento. Un encuentro que tendrá lugar en Vietnam con la participación de abades y abadesas vietnamitas y europeos. El objetivo no es solamente el de formar a los monjes y monjas vietnamitas, sino también y tal vez sobre todo, para nosotros los europeos el de ser ayudados a entender mejor su cultura y espiritualidad. Participarán también Benedictinos y Bernardinas.

Debo decir que en estos años la sorpresa más grande ha sido el hecho de constatar cómo los encuentros en la Orden son momentos de gracia, de gracia palpable, inesperada, más grande que nuestras expectativas, más fuerte que nuestros temores recíprocos y que nuestras divergencias de opinión, de observancias, de estilos, de mentalidad y cultura. Ha sido propiamente una gran sorpresa, no sólo para mí sino para todos. Especialmente el Capítulo General del año pasado. Había en el programa temas en los que sabíamos estábamos divididos y temíamos los enfrentamientos entre las varias sensibilidades y culturas, ya que durante los cinco años posteriores al último Capítulo General se habían dado no pocos incidentes en el camino, desacuerdos, dificultades en la relación. Y también yo, como los demás, había cometido errores, había faltado a la caridad, y sobre todo no había prestado atención a la sensibilidad de unos y otros. He aquí que desde el comienzo se dio como un soplo del Espíritu Santo que cambió todo lo que temíamos en ocasión de profundizar la unidad, la escucha recíproca, la comprensión más profunda entre unos y otros. Tal vez este fenómeno sorprendente comenzó a manifestarse

después de la meditación introductora que hice a partir del Evangelio de los discípulos de Emaus y de algunos pasajes de la Regla de San Benito. Me pareció percibir que también entre nosotros Cristo se hizo presente y comenzó a calentarnos el corazón con su presencia y su palabra. Decía:

“Debemos pensar en todo el cuadro comunitario, litúrgico, pastoral, formativo, que nos asegura normalmente nuestra vocación cisterciense como una reproducción de aquel camino de 60 estadios, o 7 millas o 11 kilómetros que separa Jerusalén de Emaus. La fidelidad a la Regla, a nuestro carisma, a la vocación de nuestra comunidad, nos pone en este camino, en aquel día, en aquella hora en la cual Cristo quiere encontrarnos y caminar con nosotros. Después es siempre una sorpresa que él nos encuentre, que nos hable, que él finalmente se manifieste, pero hay una fidelidad que nos dispone a esta experiencia que nos abre a este don del Resucitado. Entonces la pasión, la esperanza y la gratitud se nos dan, son gracia.

También el Capítulo General, como todo momento de encuentro entre nosotros, debería ser vivido como un estar en el camino en el cual creemos con fe que Cristo nos quiere encontrar, acompañarnos, hablarnos, revelarse a nosotros para llenarnos de una pasión, de una esperanza y gratitud que por nosotros mismos no logramos producir ni en nosotros ni en los otros. Es como estar en el Cenáculo en la espera de Pentecostés, porque es el Espíritu Santo, la pasión, la gratitud y la esperanza que Jesús quiere comunicarnos”- (www.ocist.org > Ordine Cisterciense > Capitolo Generale 2015 > Conferenza introduttiva dell'abate generale)

Cuando decía esto el primer día del Capítulo General, no imaginaba que este acontecimiento se realizaría literalmente, y fuera de toda previsión. En el fondo que esto acontezca en un encuentro eclesial, es simplemente la reproducción, o una nueva manifestación de Pentecostés. Comprendí que Pentecostés es la fuente permanente de la vitalidad siempre nueva de la Iglesia, y por lo tanto también de nuestras Órdenes. El problema es que a menudo pensamos que nuestros problemas, los problemas de la Iglesia, nuestra miseria de pecadores, nuestras luchas, y todo el mal que está dentro nuestro y a nuestro alrededor pueda ser más potente que Pentecostés. Nosotros a menudo pensamos que en Pentecostés, el don del Espíritu Santo es una fuente que luego se ensucia y se agota a medida que corre hacia el valle. Al contrario, Pentecostés es un acontecimiento, un don de Dios, que en cuanto tal permanece siempre surgente, fresco y puro, y no depende de la coherencia o no de lo que sucede después de él.

Entonces él puede renovarse constantemente, y nuestra vejez o degradación no pueden impedir esta novedad siempre viva.

Durante el Capítulo General, viendo que esta novedad sorprendente se daba cada día más, me decía: Pero mira, yo vivo a menudo en la Orden como si viviese con una esposa vieja, decrepita, cada vez más aburrida y fea. Veo a menudo sólo las arrugas, la decadencia física y moral, y en el fondo pienso que también Dios mire a la Orden así, más aún, que la mire todavía peor que nosotros porque Él lo ve todo. Pero de repente me daba cuenta, nos dábamos cuenta, que Dios mira a nuestra Orden, como a toda la Iglesia, como una esposa siempre linda, joven, llena de vida.

El verdadero problema de la crisis de la Iglesia, de los Institutos religiosos y de todas las comunidades eclesiales, es que nos miramos demasiado en el espejo, en vez de dejarse mirar por Dios, y dejar que Él nos muestre lo que somos en realidad, cómo somos verdaderamente, la belleza que permanece siempre en nosotros a sus ojos.

Pero esta belleza, se nos concede verla sobre todo cuando nos encontramos, cuando nos reunimos, esto es cuando aún visiblemente somos *Ekklesia*, asamblea convocada por Dios. Principalmente para nosotros en el Capítulo General, pero después también en todas las formas de encuentro de nuestra familia monástica. Nosotros entre cada Capítulo tenemos dos encuentros del Sínodo de la Orden, que reúne a los Presidentes de las Congregaciones, más cinco Padres y cinco Madres sinodales elegidos. Además, desde el 2910, tenemos cada dos o tres años una semana de un Curso de formación para Superiores de la Orden, el último se reunió en Julio, con 50 participantes, prácticamente la mitad de los Superiores. O también está el Curso de Formación monástica, para jóvenes o no tan jóvenes monjes y monjas en formación dl mundo entero, en colaboración con el Ateneo de San Anselmo, y también con una buena y apreciada participación de estudiantes Benedictinos, Trapenses, y de otras Congregaciones monásticas. Cada uno de estos encuentros es ocasión de renovar la experiencia de aquello que decía antes, la experiencia del Espíritu que nos sorprende, de Cristo que nos alcanza y camina con nosotros hablándonos, confortándonos y renovando nuestras fuerzas y esperanzas para continuar el camino.

En el Curso para Superiores de Julio, hemos comprendido y experimentado que, para que estos encuentros sean fecundos, es necesario que nos ayudemos a escuchar juntos la Palabra de Dios. Todos los días comenzábamos los trabajos con un tiempo de Lectio Divina compartida por grupos lingüísticos, sobre el Evangelio del día. Para todos ha sido una experiencia muy positiva y nos dijimos que aún nuestros

encuentros más oficiales deberían asumir este método. Es como encontrar inmediatamente el acuerdo justo para la sinfonía de los varios temas a tratar, sobre los cuales discutir y decidir.

Es también la nota justa para encontrar un diálogo entre las varias culturas y sensibilidades y enriquecerse mutuamente. Me convenzo cada vez más que sólo partiendo del Evangelio y de la Regla de San Benito podremos vivir las grandes diferencias culturales, las diferencias de estilo o psicológicas, de manera sinfónica y enriquecedora para unos y otros. Durante el Curso de Superiores, cuyo tema general era la misericordia, pedí un día a todos los 6 grupos lingüísticos preparar un capítulo sobre el 37 de la Regla, "De los ancianos y niños". Después de un par de horas nos reencontramos para escuchar los resultados del trabajo de cada grupo. Cada grupo había preparado un Capítulo interesantísimo, y ninguno de los seis capítulos se asemejaba. Cada cultura había leído a San Benito de un modo original y enriquecedor para los otros.

Comprendí cuán importante sería valorizar en todo ámbito esta riqueza sinfónica. Pero para que esto suceda es necesario que todos beban de las verdaderas fuentes de nuestra vocación, de nuestro carisma. Y que haya momentos e instrumentos para compartir lo que el Espíritu dice a cada Iglesia, a cada familia en la gran familia de la Orden.

Pero este compartir exige humildad, la humildad de reconocer que nos necesitamos mutuamente. La comunión, antes que de la coparticipación de nuestras riquezas, nace y se alimenta de la coparticipación de nuestra fragilidad. En esto nos ayuda ciertamente la situación de precariedad de hoy. He vivido también, siendo joven abad, algunos Capítulos Generales que eran campos de batalla, en los cuales el objetivo del encuentro era el desencuentro, era vencer al adversario. Algunas Congregaciones eran o se sentían todavía fuertes y capaces de conquistar el poder (¿quién sabe cuál?). Después llegó para todos, de un modo o de otro. La...bendición de la fragilidad, del tener que reconocer que ninguno es verdaderamente fuerte, y por lo tanto resulta ridículo querer ser más fuerte que los otros.

Ciertamente esta tentación subsiste y subsistirá siempre, pero en general el clima ha cambiado, gracias también al ingreso de las mujeres al Capítulo General. En general constatamos que los hombres tienen más tendencia "a hacer política", a discutir problemas y cuestiones teóricas, las mujeres en cambio están más atentas a la persona, y a la comunidad, y esto favorece la comunión y un espíritu de familia.

Pero la renuncia a hacer prevalecer el poder sobre el servicio y la comunión viene también de la atención de alimentar entre nosotros el reconocimiento de Cristo. La sed del poder hasta alimentar la división, o

más bien hasta no tener más un deseo prioritario de comunión, es en el fondo una forma de idolatría. Y la idolatría se vence sólo con la adoración del único verdadero Dios presente en medio de nosotros. Como cuando al aparecer el Resucitado en el Cenáculo, y a la orilla del mar, al reconocerlo desaparecen todos los miedos, las fatigas y las habladurías de los discípulos. Cuando fijamos nuestra mirada sólo en Cristo tomamos en cuenta de una manera mejor a los otros y en torno a Él nace una simpatía entre nosotros, imposible de otra manera.

Después del Capítulo General, evidentemente todos regresamos a nuestra comunidad, a nuestros problemas. Pero se dio ciertamente un deseo más grande de ayudarse unos a otros, y también me incluyo como abad general. Durante el Capítulo y después durante el Curso para Superiores se reforzó a toma de conciencia de que no se puede ir adelante sin ayudarse. Todos tenemos necesidad de sentirnos acompañados y sostenidos por **“seniores sapientes fratres” y sórores**. Ya desde hace algunos años han surgido grupos informales de superiores y superiores que se encuentran regularmente y mantienen contactos más estrechos para ayudarse en el compromiso pastoral. En mis viajes y en mis visitas o en el cuidado de comunidades particularmente frágiles, sé que puedo contar con la ayuda de otros superiores de la Orden. Ser objeto de atención fraterna es por mucho la solución más importante, independientemente de lo que se pueda o no se pueda hacer aun para que la comunidad pueda continuar existiendo.

En la *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco hay un pensamiento que resultó un gran consuelo en mi ministerio y en la vida de la Orden. Es donde el Papa nos recuerda que “el tiempo es superior al espacio(EG 222-225) Escribe: “Dar prioridad al tiempo significa ocuparse más en iniciar procesos que en poseer espacios”.

Esta idea es muy pacificadora; pero también fecunda y estimulante, porque ayuda a discernir los pequeños pasos de nuestro ministerio, que no son nunca insignificantes o inútiles, si iniciamos y continuamos un proceso de vida que no tiene como horizonte un espacio de poder a conquistar, sino la eternidad que la gracia y el amor hacen iniciar desde ahora.

Allí donde se ve que un proceso de vida, aunque mínimo, comienza, encontramos paz al confiar con fe y esperanza en el cumplimiento que solamente Dios puede realizar.

